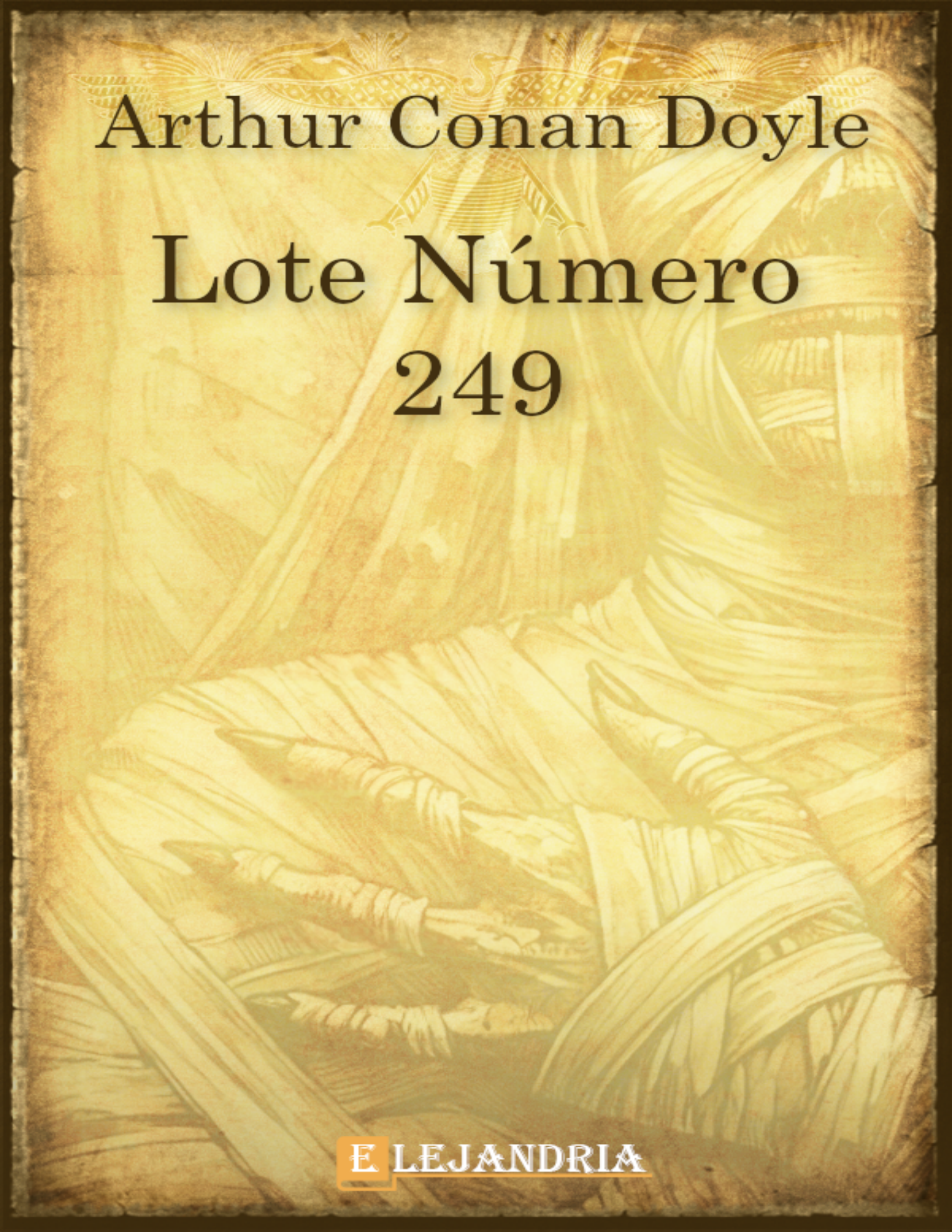
Arthur Conan Doyle

Lote Número 249



ELEJANDRIA

Arthur Conan Doyle
Lote Número
249
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOTE NÚMERO 249

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1892
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: HARPER'S MONTHLY MAGAZINE, DECEMBER 1892
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

Lote Número 249

Arthur Conan Doyle

De los tratos de Edward Bellingham con William Monkhouse Lee, y de la causa del gran terror de Abercrombie Smith, puede ser que nunca se emita un juicio absoluto y definitivo. Es cierto que tenemos la narrativa completa y clara del propio Smith, y la corroboración que podía esperar de Thomas Styles, el sirviente, del reverendo Plumptree Peterson, miembro de Old's, y de otras personas que tuvieron la suerte de echar un vistazo a este o aquel incidente en una cadena singular de eventos. Sin embargo, en general, la historia debe basarse únicamente en Smith, y la mayoría pensará que es más probable que un cerebro, por muy cuerdo que parezca externamente, tenga alguna sutileza defectuosa en su estructura, alguna extraña falla en su funcionamiento, que que la Ley de la Naturaleza haya sido transgredida a plena luz del día en un centro de aprendizaje y luz tan famoso como la Universidad de Oxford. Sin embargo, cuando pensamos en lo estrecho y lo tortuoso que es este camino de la Naturaleza, cuán tenuemente podemos trazarlo, a pesar de nuestras lámparas de ciencia, y cómo de la oscuridad que lo rodea surgen siempre posibilidades grandes y terribles ascendiendo en sombras, es un hombre audaz y seguro quien impondrá un límite a los extraños caminos secundarios por los que puede vagar el espíritu humano.

En cierto ala de lo que llamaremos Old College en Oxford, hay una torre esquina de una edad sumamente antigua. El pesado arco que abarca la puerta abierta se ha doblado hacia abajo en el centro bajo el peso de sus años, y los bloques de piedra gris salpicados de líquenes están atados y entrelazados con varas y hebras de hiedra, como si la vieja madre se hubiera propuesto reforzarlos contra el viento y el clima. Desde la puerta, una escalera de piedra se curva hacia arriba en espiral, pasando por dos descansos y terminando en un tercero, sus escalones todos sin forma y ahuecados por el paso de tantas generaciones de buscadores de conocimiento. La vida ha fluido como el agua por esta escalera sinuosa y, como el agua, ha dejado tras de sí estas surcos suavemente desgastados. Desde los eruditos de bata larga y pedantes de los días de Plantagenet hasta los jóvenes de una era posterior, cuán llena y fuerte ha sido esa marea de vida joven e inglesa. Y qué quedó ahora de todas esas esperanzas, esas luchas, esas energías ardientes, salvo aquí y allá en algún cementerio del viejo mundo unos cuantos arañazos sobre una piedra, y quizás un puñado de polvo en un ataúd podrido. Sin embargo, aquí estaban la escalera silenciosa y la pared gris y vieja, con su cruce de brazos y salteras y muchos otros dispositivos heráldicos aún legibles en su superficie, como sombras grotescas proyectadas de los días que ya pasaron.

En el mes de mayo del año 1884, tres jóvenes ocupaban los conjuntos de habitaciones que daban a los distintos descansos de la vieja escalera. Cada conjunto consistía simplemente en una sala de estar y una habitación, mientras que las dos habitaciones correspondientes en la planta baja se usaban, una como bodega de carbón y la otra como sala de estar del sirviente, o explorador, Thomas Styles, cuya tarea era atender a los tres hombres que vivían arriba. A la derecha y a la izquierda había una línea de aulas y oficinas, de modo que los habitantes de la vieja torre disfrutaban de cierta privacidad, lo que hacía que las cámaras fueran populares entre los estudiantes de pregrado más estudiosos. Tales eran los tres que las ocupaban ahora: Abercrombie Smith arriba, Edward

Bellingham debajo de él, y William Monkhouse Lee en el piso más bajo.

Eran las diez de la noche en una clara noche de primavera, y Abercrombie Smith yacía reclinado en su sillón, con los pies sobre el reposapiés y su pipa de raíz de brezo entre los labios. En un sillón similar, y igualmente a gusto, se recostaba al otro lado de la chimenea su viejo amigo de la escuela Jephro Hastie. Ambos hombres llevaban franela, pues habían pasado la tarde en el río, pero aparte de su vestimenta, nadie podía mirar sus rostros duros y alertas sin ver que eran hombres al aire libre, hombres cuyas mentes y gustos se dirigían naturalmente a todo lo que era varonil y robusto. Hastie, de hecho, era timonel de su bote universitario, y Smith era un remador aún mejor, pero un próximo examen ya había echado su sombra sobre él y lo mantenía ocupado con su trabajo, salvo por unas pocas horas a la semana que la salud exigía. Un montón de libros médicos sobre la mesa, con huesos dispersos, modelos y placas anatómicas, apuntaban tanto a la extensión como a la naturaleza de sus estudios, mientras que un par de bastones simples y un par de guantes de boxeo sobre la repisa de la chimenea insinuaban los medios por los cuales, con la ayuda de Hastie, podría hacer ejercicio de la forma más comprimida y menos distante. Se conocían muy bien, tan bien que podían sentarse ahora en ese silencio reconfortante que es el más alto desarrollo de la compañía.

—Toma un whisky —dijo Abercrombie Smith al fin entre dos ráfagas de nubes—. Scotch en la jarra e irlandés en la botella.

—No, gracias. Estoy en preparación para los remos. No bebo cuando entreno. ¿Y tú?

—Estoy estudiando arduamente. Creo que es mejor dejarlo solo.

Hastie asintió, y volvieron a caer en un silencio contento.

—Por cierto, Smith —preguntó Hastie posteriormente—, ¿has hecho ya la amistad de alguno de los tipos en tu escalera?

—Solo un saludo cuando pasamos. Nada más.

—Hum. Me inclinaría a dejarlo ahí. Sé algo de ambos. No mucho, pero lo suficiente para lo que quiero. No creo que los aceptaría en mi corazón si fuera tú. No es que haya mucho mal con Monkhouse Lee.

—¿Te refieres al delgado?

—Precisamente. Es un tipo caballeroso. No creo que tenga ningún vicio. Pero no puedes conocerlo sin conocer a Bellingham.

—¿Te refieres al gordo?

—Sí, al gordo. Y es un hombre a quien, por mi parte, preferiría no conocer.

Abercrombie Smith levantó las cejas y miró a su compañero.

—¿Qué pasa, entonces? —preguntó—. ¿Beber? ¿Cartas? ¿Mujer? Solías ser menos censurioso.

—¡Ah! Evidentemente no conoces al hombre, o no lo preguntarías. Hay algo maldito en él, algo reptiliano. Siempre me satura verlo. Lo catalogaría como un hombre con vicios secretos, un hígado maligno. No es tonto, sin embargo. Dicen que es uno de los mejores en su línea que han tenido en la universidad.

—¿Medicina o clásicos?

—Lenguas orientales. Es un demonio en ellas. Chillingworth lo conoció en algún lugar arriba de la segunda catarata hace mucho tiempo, y me dijo que hablaba con los árabes como si hubiera nacido, sido amamantado y destetado entre ellos. Hablaba copto con los coptos, hebreo con los judíos y árabe con los beduinos, y todos estaban dispuestos a besar el dobladillo de su frac. Hay algunos viejos ermitaños Johnnies en esas partes que se sientan en rocas y fruncen el ceño y escupen al extraño casual. Bueno, cuando vieron a este tipo Bellingham, antes de que él hubiera dicho cinco palabras, simplemente se acostaron de bruces y se retorcieron. Chillingworth dijo que nunca vio algo así. Bellingham pareció tomárselo como su derecho también, y anduvo entre ellos y les habló con superioridad

como un tío holandés. Bastante bueno para un estudiante de pregrado de Old's, ¿no?

—¿Por qué dices que no puedes conocer a Lee sin conocer a Bellingham?

—Porque Bellingham está comprometido con su hermana Eveline. ¡Qué niña tan brillante, Smith! Conozco bien a toda la familia. Es repugnante ver a ese bruto con ella. Una sapo y una paloma, eso es lo que siempre me recuerdan.

Abercrombie Smith sonrió y sacudió sus cenizas contra el costado de la rejilla.

—Muestras todas las cartas en tu mano, viejo amigo —dijo él—. ¡Qué hombre tan prejuicioso, de ojos verdes y mal pensamiento! Realmente no tienes nada contra el tipo excepto eso.

—Bueno, la conozco desde que era tan larga como esa pipa de cerezo, y no me gusta verla tomando riesgos. Y es un riesgo. Se ve bestial. Y tiene un temperamento bestial, un temperamento venenoso. ¿Recuerdas su pelea con Long Norton?

—No; siempre olvidas que soy un novato.

—Ah, fue el invierno pasado. Por supuesto. Bueno, conoces el camino junto al río. Había varios tipos recorriéndolo, Bellingham al frente, cuando encontraron a una vieja mercader viniendo en la otra dirección. Había estado lloviendo —sabes cómo son esos campos cuando ha llovido— y el camino corría entre el río y un gran charco que era casi tan ancho. Bueno, ¿qué hace esta cerda sino bloquear el camino y empujar a la vieja chica al barro, donde ella y sus mercancías sufrieron una terrible desgracia? Fue una cosa de bravucones, y Long Norton, que es tan amable como cualquier otro, le dijo lo que pensaba al respecto. Una palabra llevó a otra, y terminó con Norton poniendo su bastón sobre los hombros del tipo. Hubo un gran alboroto por ello, y es un espectáculo ver la manera en que Bellingham mira a Norton cuando se encuentran ahora. ¡Por Júpiter, Smith, ya son casi las once!

—No hay prisa. Enciende tu pipa otra vez.

—No yo. Se supone que debo estar entrenando. Aquí he estado sentado chismeando cuando debería haber estado bien encerrado. Tomaré tu cráneo, si puedes compartirlo. Williams ha tenido el mío por un mes. Tomaré también los huesos de tu oreja, si estás seguro de que no los necesitarás. Muchas gracias. No importa una bolsa, puedo llevarlos muy bien bajo el brazo. Buenas noches, hijo mío, y toma mi consejo sobre tu vecino.

Cuando Hastie, llevando su botín anatómico, se fue corriendo por la escalera sinuosa, Abercrombie Smith lanzó su pipa al cesto de basura, y acercando su silla a la lámpara, se sumergió en un formidable volumen cubierto de verde, adornado con grandes mapas coloridos de ese extraño reino interno del cual somos los monarcas desdichados e indefensos. Aunque era un novato en Oxford, el estudiante no lo era en medicina, pues había trabajado durante cuatro años en Glasgow y Berlín, y este próximo examen lo colocaría finalmente como miembro de su profesión. Con su boca firme, frente amplia y rostro claramente definido, algo duro en sus facciones, era un hombre que, si no tenía un talento brillante, era tan tenaz, paciente y fuerte que al final podría sobrepasar a un genio más llamativo. Un hombre que puede sostenerse entre escoceses y nórdicos no es un hombre que se desanime fácilmente. Smith había dejado una reputación en Glasgow y Berlín, y ahora estaba decidido a hacer lo mismo en Oxford, si el trabajo duro y la devoción podían lograrlo.

Había estado sentado leyendo durante aproximadamente una hora, y las manecillas del ruidoso reloj de carruaje sobre la mesa auxiliar se acercaban rápidamente a las doce, cuando un sonido repentino cayó en el oído del estudiante: un sonido agudo, más bien estridente, como la inhalación sibilante de un hombre que jadea bajo alguna fuerte emoción. Smith dejó su libro y inclinó el oído para escuchar. No había nadie a su alrededor ni encima de él, por lo que la interrupción provenía seguramente del vecino de abajo, el mismo vecino del que Hastie había dado un relato tan desagradable. Smith

solo lo conocía como un hombre flácido, de rostro pálido, con hábitos silenciosos y estudiosos, un hombre cuya lámpara proyectaba una barra dorada desde la vieja torre incluso después de que él había apagado la suya propia. Esta comunidad en la vejez había formado un cierto vínculo silencioso entre ellos. Era reconfortante para Smith, cuando las horas avanzaban hacia el amanecer, sentir que había otro tan cercano que valoraba tan poco su sueño como él. Incluso ahora, mientras sus pensamientos se dirigían hacia él, los sentimientos de Smith eran amables. Hastie era un buen tipo, pero era tosco, de fibra fuerte, sin imaginación ni simpatía. No podía tolerar desviaciones de lo que él consideraba el modelo de virilidad. Si un hombre no podía medirse con un estándar de escuela pública, entonces estaba fuera de lo aceptable para Hastie. Como tantos otros que son robustos, él tendía a confundir la constitución con el carácter, a atribuir la falta de principios a lo que realmente era falta de circulación. Smith, con su mente más fuerte, conocía el hábito de su amigo y lo tenía en cuenta ahora que sus pensamientos se dirigían hacia el hombre de abajo.

No hubo retorno del sonido singular, y Smith estaba a punto de volver a su trabajo cuando de repente estalló en el silencio de la noche un grito ronco, un verdadero chillido: el llamado de un hombre que está movido y sacudido más allá de todo control. Smith saltó de su silla y dejó caer su libro. Era un hombre de fibra bastante firme, pero había algo en este grito repentino e incontrolable de horror que le heló la sangre y le erizó la piel. Venir a tal lugar y a tal hora, trajo mil posibilidades fantásticas a su cabeza. ¿Debería apresurarse a bajar o era mejor esperar? Tenía todo el odio nacional a hacer una escena, y conocía tan poco a su vecino que no se entrometería fácilmente en sus asuntos. Por un momento estuvo dudando e incluso mientras ponderaba el asunto, hubo un rápido traqueteo de pasos en las escaleras, y el joven Monkhouse Lee, medio vestido y tan blanco como las cenizas, irrumpió en su habitación.

—¡Baja! —jadeó—. Bellingham está mal.

Abercrombie Smith lo siguió de cerca abajo hasta la sala de estar que estaba debajo de la suya, y tan concentrado como estaba en el asunto en cuestión, no pudo evitar echar una mirada asombrada a su alrededor al cruzar el umbral. Era una cámara que nunca había visto antes: un museo más que un estudio. Las paredes y el techo estaban gruesamente cubiertos con mil extrañas reliquias de Egipto y el Oriente. Altas figuras angulares cargando cargas o armas acechaban en un friso tosco alrededor de los apartamentos. Arriba había estatuas con cabeza de toro, cabeza de cigüeña, cabeza de gato, cabeza de búho, con monarcas coronados con víboras, ojos almendrados y deidades extrañas, similares a escarabajos, talladas en el azul lapislázuli egipcio. Horus, Isis y Osiris asomaban desde cada nicho y estante, mientras que a través del techo, un verdadero hijo del Viejo Nilo, un gran cocodrilo de mandíbula colgante, estaba colgado en una doble soga.

En el centro de esta singular cámara había una mesa grande y cuadrada, llena de papeles, botellas y las hojas secas de alguna planta elegante, similar a una palma. Estos objetos variados habían sido amontonados para hacer espacio para un sarcófago de momia, que había sido retirado de la pared, como era evidente por el hueco allí, y colocado al frente de la mesa. La propia momia, una cosa horrenda, negra y marchita, como una cabeza carbonizada en un arbusto nudoso, estaba medio fuera del sarcófago, con su mano en forma de garra y antebrazo huesudo descansando sobre la mesa. Apoyado contra el sarcófago había un viejo pergamino amarillo de papiro, y frente a él, en un sillón de madera, estaba el dueño de la habitación, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos ampliamente abiertos dirigidos en una mirada horrorizada al cocodrilo arriba de él, y sus labios gruesos y azules inflándose ruidosamente con cada exhalación.

—¡Dios mío! ¡Está muriendo! —gritó Monkhouse Lee, distraídamente.

Era un joven delgado y guapo, de piel oliva y ojos oscuros, de tipo más español que inglés, con una intensidad de carácter celta que

contrastaba con la flema sajona de Abercrombie Smith.

—Solo un débil, creo —dijo el estudiante de medicina—. Solo dame una mano con él. Toma sus pies. Ahora al sofá. ¿Puedes quitarle todos esos pequeños demonios de madera? ¡Qué desastre es! Ahora estará bien si deshacemos su collar y le damos un poco de agua. ¿A qué ha estado dedicándose?

—No lo sé. Lo oí gritar. Corrí. Lo conozco bastante bien, ¿sabes? Es muy amable de tu parte bajar.

—Su corazón está latiendo como un par de castañuelas —dijo Smith, poniendo su mano sobre el pecho del hombre inconsciente—. Me parece que está totalmente asustado. ¡Echa agua sobre él! ¡Qué cara tiene!

Era, de hecho, una cara extraña y muy repulsiva, pues el color y el contorno eran igualmente antinaturales. Estaba blanca, no con el palidez ordinario del miedo, sino con un blanco absolutamente incoloro, como la parte inferior de una suela. Era muy gordo, pero daba la impresión de haber sido considerablemente más gordo en algún momento, pues su piel colgaba suelta en pliegues y arrugas, y estaba atravesada por una red de arrugas. El cabello corto y grueso, de color castaño, se erizaba en su cuero cabelludo, con un par de orejas gruesas y arrugadas sobresaliendo por los lados. Sus ojos gris claro seguían abiertos, las pupilas dilatadas y los globos oculares sobresaliendo en una mirada fija y horripilante. Parecía a Smith, al mirarlo, que nunca había visto las señales de peligro de la Naturaleza volar tan claramente en el rostro de un hombre, y sus pensamientos se volvieron más seriamente hacia la advertencia que Hastie le había dado una hora antes.

—¿Qué demonios puede haberlo asustado tanto? —preguntó.

—Es la momia.

—¿La momia? ¿Cómo, entonces?

—No lo sé. Es bestial y mórbida. Desearía que la dejara. Es el segundo susto que me ha dado. Fue lo mismo el invierno pasado. Lo

encontré así, con esa cosa horrenda frente a él.

—¿Qué quiere él con la momia, entonces?

—Oh, es un lunático, ¿sabes? Es su hobby. Sabe más sobre estas cosas que cualquier hombre en Inglaterra. ¡Pero ojalá no lo hiciera! Ah, está empezando a recuperar el juicio.

Un tenue tinte de color había comenzado a volver a las pálidas mejillas de Bellingham, y sus párpados temblaban como una vela después de la calma. Apretó y desaprisionó sus manos, inhaló profundamente entre sus dientes, y de repente levantando la cabeza bruscamente, echó una mirada de reconocimiento a su alrededor. Cuando sus ojos cayeron sobre la momia, saltó del sofá, tomó el rollo de papiro, lo metió en un cajón, giró la llave y volvió a tambalearse al sofá.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué quieren, chicos?

—Has estado gritando y haciendo un gran alboroto —dijo Monkhouse Lee—. Si nuestro vecino de arriba no hubiera bajado, estoy seguro de que no sé qué habría hecho contigo.

—Ah, es Abercrombie Smith —dijo Bellingham, mirándolo—. ¡Qué muy amable de tu parte entrar! ¡Qué tonto soy! ¡Oh, Dios mío, qué tonto soy!

Apoyó la cabeza sobre sus manos y estalló en una risa histérica tras otra.

—¡Mira aquí! ¡Déjalo! —gritó Smith, sacudiéndolo bruscamente por el hombro.

—Tus nervios están al límite. Debes dejar estos pequeños juegos de medianoche con momias, o te volverás loco. Ahora mismo estás todo nervioso.

—Me pregunto —dijo Bellingham—, si serías tan tranquilo como yo si hubieras visto----

—¿Qué entonces?

—Oh, nada. Quise decir que me pregunto si podrías quedarte despierto por la noche con una momia sin estresar tus nervios. No tengo duda de que tienes razón. Supongo que he estado sacándolo de mí demasiado últimamente. Pero estoy bien ahora. Por favor, no te vayas. Solo espera unos minutos hasta que me recupere completamente.

—La habitación está muy cerrada —comentó Lee, abriendo de golpe la ventana y dejando entrar el aire fresco de la noche.

—Es resina balsámica —dijo Bellingham. Levantó una de las hojas palmatiladas secas de la mesa y la acercó al conducto de la lámpara. Se convirtió en densas corrientes de humo, y un olor penetrante y mordaz llenó la cámara.

—Es la planta sagrada —comentó—. La planta de los sacerdotes. ¿Sabes algo de lenguas orientales, Smith?

—Nada en absoluto. Ni una palabra.

La respuesta pareció quitar un peso de la mente del egiptólogo.

—Por cierto —continuó—, ¿cuánto tiempo pasó desde que bajaste corriendo, hasta que recobré el juicio?

—No mucho. Unas cuatro o cinco minutos.

—Pensé que no podría haber pasado mucho tiempo —dijo él, exhalando profundamente—. Pero qué cosa tan extraña es la inconsciencia. No tiene medida. No podría decir por mis propias sensaciones si fueron segundos o semanas. Ese caballero en la mesa estaba embalsamado en los días de la undécima dinastía, hace unos cuarenta siglos, y aún así, si pudiera encontrar su lengua, nos diría que este lapso de tiempo no ha sido más que un cierre de los ojos y una reapertura de ellos. Es una momia singularmente fina, Smith.

Smith se acercó a la mesa y miró hacia abajo con ojo profesional la forma negra y retorcida frente a él. Las facciones, aunque horriblemente descoloridas, eran perfectas, y dos pequeños ojos similares a nueces todavía acechaban en las profundidades de las órbitas negras y huecas. La piel salpicada estaba tirante de hueso a

hueso, y un enredo de cabello negro y grueso caía sobre las orejas. Dos dientes finos, como los de una rata, cubrían el labio inferior arrugado. En su posición encorvada, con las articulaciones dobladas y la cabeza craneada, había una sugerencia de energía sobre la cosa horrenda que hacía que Smith se sature. Las costillas demacradas, con su cobertura similar al pergamino, estaban expuestas, y el abdomen hundido, de tono plomizo, con la larga hendidura donde el embalsamador dejó su marca; pero las extremidades inferiores estaban envueltas con vendajes gruesos y amarillos. Un número de pequeños trozos de clavo de olor, mirra y canela estaban esparcidos sobre el cuerpo y sobre el interior del caso.

—No sé su nombre —dijo Bellingham, pasando la mano sobre la cabeza arrugada—. Ves, el sarcófago exterior con las inscripciones está ausente. Lot 249 es todo el título que tiene ahora. Lo ves impreso en su caja. Ese era su número en la subasta en la que lo recogí.

—Ha sido un tipo muy bonito en su día —comentó Abercrombie Smith.

—Ha sido un gigante. Su momia mide dos metros y un tercio de largo, y eso sería un gigante por allí, pues nunca fueron una raza muy robusta. Siente estos grandes huesos retorcidos, también. Sería un tipo desagradable de abordar.

—Quizás estas mismas manos ayudaron a construir las piedras de las pirámides —sugirió Monkhouse Lee, mirando hacia abajo con disgusto en los ojos las garras torcidas y sucias.

—No hay miedo. Este tipo ha sido encurtido en natron y cuidado de la manera más aprobada. No servían a los hodsmen de esa manera. Sal o betún era suficiente para ellos. Se ha calculado que este tipo de cosa costó alrededor de setecientos treinta libras en nuestro dinero. Nuestro amigo era noble al menos. ¿Qué opinas de esa pequeña inscripción cerca de sus pies, Smith?

—Te dije que no conozco ninguna lengua oriental.

—Ah, sí lo dijiste. Es el nombre del embalsamador, supongo. Debió haber sido un trabajador muy concienzudo. Me pregunto cuántas obras modernas sobrevivirán a cuatro mil años.

Continuó hablando ligera y rápidamente, pero era evidente para Abercrombie Smith que todavía palpitaba de miedo. Sus manos temblaban, su labio inferior vibraba, y dondequiera que mirara, sus ojos siempre se deslizaban hacia su macabro compañero. Sin embargo, a pesar de todo su miedo, había una sospecha de triunfo en su tono y manera. Sus ojos brillaban, y su paso, mientras caminaba de un lado a otro en la habitación, era enérgico y desenfadado. Daba la impresión de un hombre que ha pasado por una prueba, cuyos signos aún lleva sobre sí, pero que le ha ayudado en su fin.

—¿No te vas aún? —gritó, mientras Smith se levantaba del sofá.

Ante la perspectiva de la soledad, sus miedos parecían volver a agolparse sobre él, y extendió una mano para detenerlo.

—Sí, debo irme. Tengo mi trabajo que hacer. Ahora estás bien. Creo que con tu sistema nervioso deberías dedicarte a estudios menos mórbidos.

—Oh, no estoy nervioso normalmente; y he desenvuelto momias antes.

—Te desmayaste la última vez —observó Monkhouse Lee.

—Ah, sí, así fue. Bueno, debo tomar un tónico nervioso o un curso de electricidad. ¿No te vas, Lee?

—Haré lo que desees, Ned.

—Entonces bajaré contigo y haré un acometido en tu sofá. Buenas noches, Smith. Siento mucho haberte molestado con mi tontería.

Se dieron la mano, y mientras el estudiante de medicina subía tambaleándose por la escalera espiral e irregular, escuchó una llave girar en una puerta y los pasos de sus dos nuevos conocidos mientras descendían al piso inferior.

De esta extraña manera comenzó el conocimiento entre Edward Bellingham y Abercrombie Smith, un conocimiento que, al menos, el segundo no tenía deseo de profundizar. Sin embargo, Bellingham parecía haberse sentido atraído por su vecino de habla ruda, y hacía sus avances de tal manera que difícilmente podría ser rechazado sin absoluta brutalidad. Dos veces llamó para agradecer a Smith por su asistencia, y muchas veces después entraba con libros, papeles y otras cortesías que dos vecinos solteros pueden ofrecérseles mutuamente. Era, como Smith pronto descubrió, un hombre de amplia lectura, con gustos eclécticos y una memoria extraordinaria. Su manera, además, era tan agradable y suave que, con el tiempo, uno llegaba a pasar por alto su apariencia repulsiva. Para un hombre cansado y fatigado, no era un compañero desagradable, y Smith se encontró, después de un tiempo, esperando sus visitas e incluso correspondiéndolas.

Tan inteligente como sin duda lo era, sin embargo, el estudiante de medicina parecía detectar un matiz de locura en el hombre. A veces, él desataba un estilo de habla alto e inflado que contrastaba con la simplicidad de su vida.

—Es una cosa maravillosa —gritó—, sentir que uno puede comandar poderes del bien y del mal—un ángel ministrante o un demonio de venganza. Y de Monkhouse Lee, añadió—Lee es un buen tipo, un hombre honesto, pero carece de fuerza o ambición. No sería un compañero adecuado para un hombre con una gran empresa. No sería un compañero adecuado para mí.

Ante tales insinuaciones e insinuaciones, el estoico Smith, inhalando solemnemente de su pipa, simplemente levantaba las cejas y sacudía la cabeza, con pequeñas interjecciones de sabiduría médica sobre horas más tempranas y aire más fresco.

Un hábito que Bellingham había desarrollado recientemente y que Smith sabía que era un presagio frecuente de una mente debilitada. Parecía estar siempre hablando consigo mismo. En las altas horas de la noche, cuando no podía haber ningún visitante con él, Smith todavía podía oír su voz debajo, en un monólogo bajo y

amortiguado, casi susurrando, y sin embargo muy audible en el silencio. Este balbuceo solitario molestaba y distraía al estudiante, por lo que habló más de una vez con su vecino al respecto. Sin embargo, Bellingham se enfureció por la acusación y negó cortésmente haber emitido un sonido; de hecho, mostró más molestia por el asunto de lo que la ocasión parecía exigir.

Si Abercrombie Smith tenía alguna duda sobre sus propios oídos, no tuvo que buscar lejos para encontrar corroboración. Tom Styles, el pequeño sirviente arrugado que había atendido las necesidades de los inquilinos en la torre durante más tiempo de lo que la memoria de cualquier hombre podría recordar, fue severamente cuestionado por el mismo asunto.

—Si me permite, señor —dijo él, mientras ordenaba la habitación superior una mañana—, ¿cree usted que el Sr. Bellingham está bien, señor?

—¿Está bien, Styles?

—Sí, señor. Bien de cabeza, señor.

—¿Por qué no lo estaría, entonces?

—Bueno, no lo sé, señor. Sus hábitos han cambiado últimamente. Ya no es el mismo hombre que solía ser, aunque me permito decir que nunca fue uno de mis caballeros, como el Sr. Hastie o usted mismo, señor. Ha empezado a hablar consigo mismo de una manera terrible. Me pregunto si no le molesta. No sé qué pensar de él, señor.

—No sé qué le importa a usted, Styles.

—Bueno, tengo interés, Sr. Smith. Puede ser intrometido de mi parte, pero no puedo evitarlo. A veces siento como si fuera madre y padre de mis jóvenes caballeros. Todo recae sobre mí cuando las cosas salen mal y las relaciones surgen. Pero el Sr. Bellingham, señor. Quiero saber qué es lo que anda por su habitación a veces cuando está fuera y cuando la puerta está cerrada por fuera.

—¿Eh? Estás hablando tonterías, Styles.

—Quizás sí, señor; pero lo escuché más de una vez con mis propios oídos.

—Basura, Styles.

—Muy bien, señor. Talarás la campana si me necesita.

Abercrombie Smith prestó poca atención al chisme del viejo sirviente, pero unos días después ocurrió un pequeño incidente que dejó un efecto desagradable en su mente y trajo las palabras de Styles de manera forzosa a su memoria.

Bellingham había venido a verlo tarde una noche, y lo entretenía con un interesante relato sobre las tumbas de roca de Beni Hassan en el Alto Egipto, cuando Smith, cuya audición era notablemente aguda, escuchó claramente el sonido de una puerta abriéndose en el descansillo de abajo.

—Hay algún tipo que ha entrado o salido de tu habitación —comentó.

Bellingham saltó y quedó de pie, indefenso por un momento, con la expresión de un hombre que está medio incrédulo y medio asustado.

—Seguramente la cerré. Estoy casi seguro de que la cerré —balbuceó—. Nadie podría haberla abierto.

—Por qué, ahora escucho a alguien subiendo las escaleras —dijo Smith.

Bellingham salió corriendo por la puerta, la cerró de golpe detrás de él y se apresuró a bajar las escaleras. A medio camino, Smith lo escuchó detenerse y pensó que había captado el sonido de susurros. Un momento después, la puerta de abajo se cerró, una llave chirrió en la cerradura, y Bellingham, con gotas de humedad en su rostro pálido, subió las escaleras una vez más y volvió a entrar en la habitación.

—Está bien —dijo, dejándose caer en una silla—. Fue ese tonto de perro. Empujó la puerta. No sé cómo olvidé cerrarla.

—No sabía que tenías un perro —dijo Smith, mirando pensativamente el rostro perturbado de su compañero.

—Sí, no lo tengo desde hace mucho. Debo deshacerme de él. Es una gran molestia.

—Debe ser, si te resulta tan difícil callarlo. Pensé que cerrar la puerta habría sido suficiente, sin necesidad de cerrarla con llave.

—Quiero evitar que el viejo Styles lo deje salir. Tiene algún valor, sabes, y sería incómodo perderlo.

—Soy algo fanático de los perros yo mismo —dijo Smith, todavía mirando fijamente a su compañero por el rabillo del ojo—. Quizás me dejes echarle un vistazo.

—Claro. Pero me temo que no puede ser esta noche; tengo una cita. ¿Ese reloj está bien? Entonces ya llego cuarto de hora tarde. Me disculpas, estoy seguro.

Recogió su gorro y se apresuró a salir de la habitación. A pesar de su cita, Smith lo escuchó volver a entrar en su propia cámara y cerrar la puerta desde dentro.

Esta entrevista dejó una impresión desagradable en la mente del estudiante de medicina. Bellingham le había mentido, y mentido tan torpemente que parecía como si tuviera razones desesperadas para ocultar la verdad. Smith sabía que su vecino no tenía perro. También sabía que el paso que había escuchado en las escaleras no era el de un animal. Pero si no lo era, ¿qué podría ser? Estaba la declaración del viejo Styles sobre algo que solía andar por la habitación en ocasiones cuando el dueño estaba ausente. ¿Podría ser una mujer? Smith se inclinaba más hacia esta opinión. Si era así, significaría deshonra y expulsión para Bellingham si las autoridades lo descubrieran, de modo que su ansiedad y falsedades podrían explicarse. Y sin embargo, era inconcebible que un estudiante de pregrado pudiera mantener una mujer en sus habitaciones sin ser detectado al instante. Sea cual fuera la explicación, había algo feo en ello, y Smith decidió, mientras se volvía hacia sus libros,

desalentar todos los intentos futuros de intimidad por parte de su vecino de habla suave y de aspecto desagradable.

Pero su trabajo estaba destinado a ser interrumpido esa noche. Apenas había retomado los hilos rotos cuando un firme y pesado paso de tres escalones a la vez vino desde abajo, y Hastie, con blazer y franela, irrumpió en la habitación.

—¡Aún en ello! —dijo él, acomodándose en su habitual sillón—. ¡Qué tipo eres para sofocar! Creo que podría venir un terremoto y tumbar Oxford en un sombrero ladeado, y tú te sentarías perfectamente plácido con tus libros entre las ruinas. Sin embargo, no te aburriré mucho. Tres inhalaciones de tabaco, y me voy.

—¿Cuál es la noticia, entonces? —preguntó Smith, metiendo un poco de bird's-eye en su pipa con el dedo índice.

—Nada de mucho. Wilson hizo 70 para los novatos contra los once. Dicen que lo usarán en lugar de Buddicomb, porque Buddicomb está despejado de color. Solía poder lanzar un poco, pero ahora no son más que golpes medios y saltos largos.

—Medio derecho —sugirió Smith, con la intensa gravedad que adquiere un 'varsity man' cuando habla de atletismo.

—Inclinándose hacia rápido, con un trabajo desde la pierna. Lanza con el brazo aproximadamente tres pulgadas o más. Solía ser desagradable en un wicket mojado. Oh, por cierto, ¿has oído hablar de Long Norton?

—¿Qué es eso?

—Ha sido atacado.

—¿Atacado?

—Sí, justo cuando salía de la High Street, y a menos de cien yardas de la puerta de Old's.

—Pero, ¿quién----?

—Ah, ¡eso es lo problemático! Si hubieras dicho 'qué', serías más gramatical. Norton jura que no fue humano, y, de hecho, por los

arañazos en su garganta, estaría inclinado a estar de acuerdo con él.

—¿Qué, entonces? ¿Hemos llegado a fantasmas?

Abercrombie Smith infló su desprecio científico.

—Bueno, no; tampoco creo que esa sea exactamente la idea. Estoy inclinado a pensar que si algún artista ha perdido un gran simio últimamente, y la bestia está por estos lares, un jurado encontraría una denuncia cierta contra ella. Norton pasa por ahí todas las noches, ya sabes, alrededor de la misma hora. Hay un árbol que cuelga bajo sobre el camino—el gran olmo del jardín de Rainy. Norton piensa que la cosa cayó sobre él desde el árbol. De todos modos, casi fue estrangulado por dos brazos, que, dice él, eran tan fuertes y delgados como bandas de acero. No vio nada; solo esos brazos bestiales que lo apretaban y apretaban. Gritó casi hasta que le salió la cabeza, y un par de chicos vinieron corriendo, y la cosa pasó por encima del muro como un gato. Nunca lo vio bien durante todo el tiempo. Le dio un susto a Norton, te lo puedo decir. Le digo que ha sido como un buen cambio en la playa para él.

—Un estrangulador, lo más probable —dijo Smith.

—Muy posiblemente. Norton dice que no; pero no nos importa lo que él diga. El estrangulador tenía uñas largas y era bastante hábil para balancearse por encima de los muros. Por cierto, tu hermoso vecino estaría complacido si lo escuchara sobre esto. Tenía una rencilla con Norton, y no es un hombre, según lo que sé de él, para olvidar sus pequeñas deudas. Pero hola, viejo amigo, ¿qué tienes en tu cabeza?

—Nada —respondió Smith, cortésmente.

Se levantó de su silla, y una expresión surgió en su rostro que aparece cuando un hombre es sorprendido de repente por alguna idea desagradable.

—Parecías como si algo de lo que había dicho te hubiera sorprendido. Por cierto, has hecho el conocimiento del Maestro B.

desde la última vez que entré, ¿no? El joven Monkhouse Lee me dijo algo en ese sentido.

—Sí; lo conozco ligeramente. Ha venido aquí una o dos veces.

—Bueno, eres lo suficientemente grande y feo para cuidarte solo. Sin embargo, no lo llamaría exactamente un tipo saludable, sin duda es muy inteligente y todo eso. Pero pronto lo descubrirás por ti mismo. Lee está bien; es un pequeño compañero muy decente. ¡Bueno, hasta luego, viejo amigo! Remo Mullins para el pote del Vicerrector la semana que viene el miércoles, así que asegúrate de venir, en caso de que no te vea antes.

Bovine Smith dejó su pipa y volvió a enfocarse estólicamente en sus libros una vez más. Pero con toda la voluntad del mundo, le resultaba muy difícil mantener su mente en su trabajo. Se le escapaba a meditar sobre el hombre de abajo y sobre el pequeño misterio que rodeaba sus cámaras. Luego sus pensamientos se dirigieron hacia este singular ataque del que había hablado Hastie, y hacia el rencor que se decía que Bellingham debía al objeto de él. Las dos ideas persistían en elevarse juntas en su mente, como si hubiera alguna conexión cercana e íntima entre ellas. Y sin embargo, la sospecha era tan tenue y vaga que no podía expresarse en palabras.

—¡Maldito tipo! —exclamó Smith, lanzando su libro de patología a través de la habitación—. ¡Ha arruinado la lectura de mi noche, y eso es razón suficiente, si no hubiera otra, para mantenerme alejado de él en el futuro!

Durante diez días, el estudiante de medicina se confinó tan estrictamente a sus estudios que ni vio ni escuchó nada de ninguno de los hombres que vivían debajo de él. En las horas en que Bellingham solía visitarlo, se cuidaba de lucir su roble, y aunque más de una vez escuchó golpes en su puerta exterior, se negó resueltamente a responder. Sin embargo, una tarde, estaba descendiendo las escaleras cuando, justo cuando la estaba pasando, la puerta de Bellingham se abrió de golpe, y el joven Monkhouse Lee

salió con los ojos brillantes y un rubor oscuro de ira en sus mejillas oliva. Justo detrás de él siguió Bellingham, con su rostro gordo e insalubre temblando de pasión maligna.

—¡Tonto! —siseó.

—Muy probable —gritó el otro—. Cuida lo que digo. ¡Se acabó! ¡No quiero oírlo!

—De todos modos, lo has prometido.

—¡Oh, lo mantendré! No hablaré. Pero preferiría que la pequeña Eva estuviera en su tumba. De una vez por todas, se acabó. Ella hará lo que yo diga. No queremos verte de nuevo.

Smith no pudo evitar escuchar tanto, pero se apresuró, pues no deseaba involucrarse en su disputa. Había una ruptura seria entre ellos, eso estaba claro, y Lee iba a causar que el compromiso con su hermana se rompiera. Smith pensó en la comparación de Hastie entre el sapo y la paloma, y se alegró al pensar que el asunto había llegado a su fin. El rostro de Bellingham cuando estaba en una pasión no era agradable de ver. No era un hombre en quien se pudiera confiar una niña inocente de por vida. Mientras caminaba, Smith se preguntaba con lentitud qué podría haber causado la pelea y cuál podría ser la promesa que Bellingham estaba tan ansioso por que Monkhouse Lee cumpliera.

Era el día del partido de remo entre Hastie y Mullins, y una corriente de hombres se dirigía hacia las orillas del Isis. Un sol de mayo brillaba intensamente, y el camino amarillo estaba barrido por las sombras negras de altos olmos. A ambos lados, los grises colegios se retiraban de la carretera, las viejas madres de mentes mirando desde sus altas ventanas con vidrios divididos la marea de vida joven que pasaba tan alegremente. Tutores vestidos de negro, funcionarios rígidos, hombres pálidos leyendo, jóvenes atletas de rostro marrón y sombrero de paja con suéteres blancos o blazers de muchos colores, todos se apresuraban hacia el río azul y serpenteante que atraviesa los prados de Oxford.

Abercrombie Smith, con la intuición de un viejo remero, eligió su posición en el punto donde sabía que la lucha, si la había, ocurriría. A lo lejos escuchó el zumbido que anunciaba el inicio, el rugido creciente de la aproximación, el trueno de los pies corriendo y los gritos de los hombres en los botes debajo de él. Un chorro de corredores semivestidos y con respiración profunda pasó volando junto a él, y al mirar por encima de sus hombros, vio a Hastie tirando un constante treinta y seis, mientras su oponente, con un brusco cuarenta, estaba a una buena longitud de bote detrás de él. Smith dio una ovación a su amigo y, sacando su reloj, estaba a punto de dirigirse nuevamente a sus cámaras cuando sintió un toque en su hombro y descubrió que el joven Monkhouse Lee estaba a su lado.

—Te vi allí —dijo, de manera tímida y autocrítica—. Quería hablar contigo, si pudieras prestarme media hora. Esta cabaña es mía. La comparto con Harrington de King's. Entra y toma una taza de té.

—Debo regresar pronto —dijo Smith—. Estoy muy ocupado en este momento. Pero entraré unos minutos con gusto. No habría salido si Hastie no fuera un amigo mío.

—Así es, también es un amigo mío. ¿No tiene un estilo hermoso? Mullins no estuvo. Pero entra en la cabaña. Es un pequeño refugio, pero es agradable para trabajar durante los meses de verano.

Era un edificio pequeño, cuadrado y blanco, con puertas y contraventanas verdes, y un porche de enrejado rústico, ubicado a unos cincuenta metros de la orilla del río. En el interior, la habitación principal estaba rústicamente amueblada como un estudio: mesa de madera sin pintar, estantes sin pintar con libros y algunos oleografías baratas en la pared. Una tetera cantaba sobre una estufa de espíritu, y había utensilios de té en una bandeja sobre la mesa.

—Prueba esa silla y toma un cigarrillo —dijo Lee—. Déjame servirte una taza de té. Es muy amable de tu parte venir, ya que sé que tu tiempo está bastante ocupado. Quería decirte que, si yo fuera tú, cambiaría mis habitaciones de inmediato.

—¿Eh?

Smith se sentó mirando una cerilla encendida en una mano y su cigarrillo sin encender en la otra.

—Sí; debe parecer muy extraordinario —gritó—, sentir que uno puede comandar poderes del bien y del mal—un ángel ministrante o un demonio de venganza. Y de Monkhouse Lee, añadió—Lee es un buen tipo, un hombre honesto, pero carece de fuerza o ambición. No sería un compañero adecuado para un hombre con una gran empresa. No sería un compañero adecuado para mí.

Ante tales insinuaciones e insinuaciones, el estoico Smith, inhalando solemnemente de su pipa, simplemente levantaba las cejas y sacudía la cabeza, con pequeñas interjecciones de sabiduría médica sobre horas más tempranas y aire más fresco.

—Es una advertencia —dijo.

—Si hay una razón real para advertir, ninguna promesa puede atarte. Si veo a un bribón a punto de volar un lugar con dinamita, ninguna promesa se interpondrá en mi camino para prevenirlo.

—Ah, pero no puedo prevenirlo, y no puedo hacer nada más que advertirte.

—Contra Bellingham.

—Pero eso es infantil. ¿Por qué debería temerle a él, o a cualquier hombre?

—No puedo decírtelo. Solo puedo rogarte que cambies tus habitaciones. Estás en peligro donde estás. Ni siquiera digo que Bellingham desee hacerte daño. Pero podría suceder, pues él es un vecino peligroso en este momento.

—Quizás sé más de lo que piensas —dijo Smith, mirando intensamente al joven con rostro juvenil y serio—. Supón que te digo que alguien más comparte las habitaciones de Bellingham.

Monkhouse Lee saltó de su silla con una emoción incontrolable.

—¿Lo sabes, entonces? —jadeó.

—Una mujer.

Lee volvió a sentarse con un gemido.

—Mis labios están sellados —dijo—. No debo hablar.

—Bueno, de todos modos —dijo Smith, levantándose—, no es probable que me deje asustar de habitaciones que me sientan muy bien. Sería un poco demasiado débil para mí mover todas mis pertenencias y muebles porque dices que Bellingham podría de alguna manera inexplicada hacerme un daño. Creo que simplemente tomaré mi suerte y me quedaré donde estoy, y como veo que ya casi son las cinco, debo pedirte que me disculpes.

Despidió al joven estudiante con unas pocas palabras corteses y se dirigió a casa a través de la dulce tarde de primavera, sintiéndose medio alterado, medio divertido, como cualquier otro hombre fuerte e imaginativo que ha sido amenazado por un peligro vago y sombrío.

Había una pequeña indulgencia que Abercrombie Smith siempre se permitía, por muy apretado que estuviera su trabajo. Dos veces a la semana, los martes y viernes, era su costumbre invariable caminar hasta Farlingford, la residencia del Doctor Plumptree Peterson, situada a aproximadamente una milla y media de Oxford. Peterson había sido un amigo cercano del hermano mayor de Smith, Francis, y como era soltero, bastante acomodado, con un buen sótano y una mejor biblioteca, su casa era un agradable destino para un hombre que necesitaba una caminata enérgica. Dos veces a la semana, entonces, el estudiante de medicina se dirigía por los caminos rurales oscuros y pasaba una agradable hora en el cómodo estudio de Peterson, discutiendo, con una copa de oporto viejo, los chismes de la 'varsity o los últimos desarrollos de la medicina o de la cirugía.

El día que siguió a su entrevista con Monkhouse Lee, Smith cerró sus libros a las ocho y cuarto, la hora en que usualmente partía hacia la casa de su amigo. Sin embargo, al salir de su habitación, sus ojos casualmente cayeron sobre uno de los libros que Bellingham le había prestado, y su conciencia lo molestó por no haberlo devuelto. Por muy repulsivo que fuera el hombre, no debía

ser tratado con descortesía. Tomando el libro, bajó las escaleras y tocó la puerta de su vecino. No hubo respuesta; pero al girar la manija, descubrió que estaba desbloqueada. Contento ante la idea de evitar una entrevista, entró y colocó el libro con su tarjeta sobre la mesa.

La lámpara estaba encendida a media luz, pero Smith podía ver claramente los detalles de la habitación. Todo estaba muy parecido a como lo había visto antes: el friso, los dioses con cabezas de animal, el cocodrilo colgante y la mesa llena de papeles y hojas secas. El sarcófago de la momia estaba erguido contra la pared, pero la propia momia estaba ausente. No había señal de ningún segundo ocupante de la habitación, y sintió, al retirarse, que probablemente le había hecho una injusticia a Bellingham. Si tenía un secreto culpable que preservar, difícilmente dejaría su puerta abierta para que todo el mundo pudiera entrar.

La escalera de caracol era tan negra como el alquitrán, y Smith estaba descendiendo lentamente por sus escalones irregulares cuando de repente se dio cuenta de que algo lo había pasado en la oscuridad. Hubo un sonido débil, un soplo de aire, un ligero roce junto a su codo, pero tan leve que apenas podía estar seguro de ello. Se detuvo y escuchó, pero el viento susurraba entre la hiedra afuera, y no pudo oír nada más.

—¿Eres tú, Styles? —gritó.

No hubo respuesta, y todo estuvo quieto detrás de él. Debió haber sido una ráfaga de aire repentina, pues había grietas y fisuras en la vieja torre. Y sin embargo, casi juraría que escuchó un paso junto a él. Había emergido al patio, todavía repasando el asunto en su mente, cuando un hombre corrió rápidamente a través del césped bien cortado.

—¿Eres tú, Smith?

—¡Hola, Hastie!

—¡Por el amor de Dios, ven de inmediato! ¡El joven Lee se ha ahogado! Aquí está Harrington de King's con la noticia. El doctor

está fuera. Lo lograrás, pero ven de inmediato. Puede que aún tenga vida.

—¿Tienes brandy?

—No.

—Lo traeré. Hay una botella en mi mesa.

Smith bajó corriendo las escaleras, tomando tres a la vez, agarró la botella y estaba corriendo con ella cuando, al pasar por la habitación de Bellingham, sus ojos cayeron sobre algo que lo dejó jadeando y mirando hacia el descansillo.

La puerta, que había cerrado detrás de él, ahora estaba abierta, y justo frente a él, con la luz de la lámpara brillando sobre ella, estaba el sarcófago de la momia. Hace tres minutos estaba vacío. Podía jurar que lo estaba. Ahora enmarcaba el cuerpo delgado de su horrible ocupante, que se mantenía, serio e inmóvil, con su rostro negro y arrugado hacia la puerta. La forma estaba inerte e inmóvil, pero le parecía a Smith, mientras lo miraba, que aún quedaba una chispa lúgubre de vitalidad, alguna señal débil de conciencia en los pequeños ojos que acechaban en lo profundo de las órbitas huecas. Tan asombrado y sacudido estaba que había olvidado su tarea y aún estaba mirando a la figura delgada y hundida cuando la voz de su amigo abajo lo recordó a sí mismo.

—¡Vamos, Smith! —gritó—. Es vida o muerte, ya sabes. ¡Date prisa! Ahora, pues —añadió, mientras el estudiante de medicina reaparecía—, hagamos una carrera. Está bien por debajo de una milla, y deberíamos hacerlo en cinco minutos. Una vida humana vale más la pena correr por ella que un pote.

Juntos corrieron codo a codo a través de la oscuridad, y no se detuvieron hasta que, jadeando y agotados, llegaron a la pequeña cabaña junto al río. El joven Lee, flácido y goteando como una planta rota, estaba tendido sobre el sofá, la espuma verde del río en su cabello negro y una franja de espuma blanca en sus labios de tono plomizo. A su lado, arrodillado, estaba su compañero de

estudios, Harrington, intentando restablecer algo de calor en sus rígidas extremidades.

—Creo que hay vida en él —dijo Smith, con la mano en el costado del joven—. Coloca tu reloj en sus labios. Sí, hay un atisbo. Toma un brazo, Hastie. Ahora trabaja como yo, y pronto lo haremos despertar.

Durante diez minutos trabajaron en silencio, inflando y deprimiendo el pecho del hombre inconsciente. Al final de ese tiempo, un escalofrío recorrió su cuerpo, sus labios temblaron y abrió los ojos. Los tres estudiantes estallaron en una ovación irrefrenable.

—Despierta, viejo amigo. Nos has asustado bastante.

—Toma un poco de brandy. Bebe un trago de la botella.

—Está bien ahora —dijo su compañero Harrington—. Cielos, ¡qué susto tuve! Estaba leyendo aquí, y él había salido a dar un paseo hasta el río, cuando escuché un grito y un chapoteo. Salí corriendo, y para cuando pude encontrarlo y sacarlo, toda vida parecía haberlo abandonado. Luego Simpson no pudo conseguir un doctor, porque tiene una pierna de juego, y tuve que correr, y no sé qué habría hecho sin ustedes. Así es, viejo amigo. Ponte de pie.

Monkhouse Lee se había levantado de su silla con excitación incontrolable.

—¿Qué pasa? —preguntó. —He estado en el agua. Ah, sí; lo recuerdo.

Una mirada de miedo entró en sus ojos, y hundió su rostro en sus manos.

—¿Cómo te caíste?

—No me caí.

—¿Cómo entonces?

—¡Fui arrojado! Estaba de pie junto a la orilla, y algo desde atrás me levantó como una pluma y me lanzó dentro. No escuché nada, y no vi nada. Pero sé qué fue, a pesar de todo.

—Yo también —susurró Smith.

Lee levantó la mirada con una rápida expresión de sorpresa.

—¿Has aprendido, entonces? —dijo—. ¿Recuerdas el consejo que te di?

—Sí, y empiezo a pensar que lo seguiré.

—No sé de qué diablos están hablando ustedes —dijo Hastie—, pero creo que, si yo fuera tú, Harrington, debería llevar a Lee a la cama de inmediato. Habrá tiempo suficiente para discutir el porqué y el paraqué cuando él esté un poco más fuerte. Creo que, Smith, tú y yo podemos dejarlo solo ahora. Estoy regresando al colegio; si vienes en esa dirección, podemos charlar un rato.

Pero fue poca charla la que tuvieron en su camino de regreso a casa. La mente de Smith estaba demasiado llena de los incidentes de la tarde, la ausencia de la momia de las habitaciones de su vecino, el paso que lo pasó en las escaleras, la reaparición—la extraordinaria e inexplicable reaparición de la cosa macabra—y luego este ataque contra Lee, que correspondía tan de cerca con la ofensa previa contra otro hombre contra quien Bellingham guardaba rencor. Todo esto se asentó en sus pensamientos, junto con los muchos pequeños incidentes que previamente lo habían vuelto contra su vecino, y las singulares circunstancias bajo las cuales fue llamado por primera vez. Lo que había sido una sospecha tenue, una conjetura vaga y fantástica, de repente tomó forma y se destacó en su mente como un hecho sombrío, una cosa que no debía ser negada. Y, sin embargo, ¡qué monstruoso era! ¡Qué inaudito! ¡Completamente más allá de todos los límites de la experiencia humana! Un juez imparcial, o incluso el amigo que caminaba a su lado, simplemente le diría que sus ojos lo habían engañado, que la momia había estado allí todo el tiempo, que el joven Lee se había caído al río como cualquier otro hombre se cae al río, y que la píldora azul era lo mejor para un hígado desordenado. Sintió que habría dicho lo mismo si las posiciones se hubieran invertido. Y, sin embargo, podía jurar que Bellingham era un asesino de corazón, y

que manejaba un arma como ninguna otra que un hombre hubiera usado en toda la sombría historia del crimen.

Hastie se había desviado hacia sus habitaciones con algunos comentarios crujientes y enfáticos sobre la insociabilidad de su amigo, y Abercrombie Smith cruzó el cuadrángulo hacia su torre de esquina con un fuerte sentimiento de repulsión por sus cámaras y sus asociaciones. Seguiría el consejo de Lee y mudaría sus aposentos lo antes posible, pues ¿cómo podría un hombre estudiar cuando su oído siempre está atento a cada murmullo o paso en la habitación de abajo? Observó, mientras cruzaba el césped, que la luz aún brillaba en la ventana de Bellingham, y al pasar por la escalera la puerta se abrió, y el propio hombre lo miró. Con su rostro gordo y malvado, parecía una araña hinchada recién salida de la tejeduría de su venenosa telaraña.

—Buenas noches —dijo—. ¿No quieres entrar?

—No —gritó Smith furiosamente.

—¿No? ¿Estás tan ocupado como siempre? Quería preguntarte sobre Lee. Lamenté oír que había un rumor de que algo andaba mal con él.

Sus rasgos eran graves, pero había un destello de una risa oculta en sus ojos mientras hablaba. Smith lo vio, y podría haberlo derribado por ello.

—Te enterarás aún más de que Monkhouse Lee está muy bien y fuera de todo peligro —respondió—. Tus trucos infernales no han funcionado esta vez. Oh, no necesitas intentar fingirlo. Sé todo al respecto.

Bellingham dio un paso atrás del estudiante enojado y medio cerró la puerta como si quisiera protegerse.

—Estás loco —dijo—. ¿Qué quieres decir? ¿Afirmas que tuve algo que ver con el accidente de Lee?

—Sí —retumbó Smith—. Tú y esa bolsa de huesos detrás de ti; lo trabajasteis entre vosotros. Te digo qué es, Maestro B., han dejado

de quemar gente como tú, pero aún conservamos un verdugo, y, ¡por Jorge! si cualquier hombre en este colegio encuentra su muerte mientras estás aquí, te sacaré, y si no te sacas por ti mismo, no será mi culpa. Verás que tus sucios trucos egipcios no tendrán efecto en Inglaterra.

—Eres un lunático delirante —dijo Bellingham.

—Está bien. Solo recuerda lo que digo, porque verás que cumpliré mi palabra.

La puerta se cerró de golpe, y Smith subió enfurecido a su cámara, donde cerró la puerta por dentro y pasó media noche fumando su vieja pipa y reflexionando sobre los extraños eventos de la tarde.

La mañana siguiente, Abercrombie Smith no oyó nada de su vecino, pero Harrington lo visitó por la tarde para decirle que Lee estaba casi de nuevo en sí. Todo el día Smith se aferró a su trabajo, pero por la tarde decidió visitar a su amigo el Doctor Peterson, a quien había comenzado la noche anterior. Una buena caminata y una charla amistosa serían bienvenidas para sus nervios tensos.

La puerta de Bellingham estaba cerrada mientras pasaba, pero al mirar atrás cuando ya estaba a cierta distancia de la torre, vio la cabeza de su vecino en la ventana delineada contra la luz de la lámpara, su rostro aparentemente presionado contra el vidrio mientras miraba hacia la oscuridad. Era una bendición estar alejado de todo contacto con él, aunque fuera por unas pocas horas, y Smith salió rápidamente, respirando el suave aire primaveral en sus pulmones. La media luna yacía al oeste entre dos pináculos góticos, y lanzaba sobre la calle plateada un trazo oscuro desde la arquitectura de piedra de arriba. Había una brisa fresca, y nubes ligeras y lanosas se desplazaban rápidamente por el cielo. Old's estaba en el borde mismo de la ciudad, y en cinco minutos Smith se encontró más allá de las casas y entre los setos de un camino de Oxfordshire perfumado por la may.

Era un camino solitario y poco transitado que conducía a la casa de su amigo. Aunque era temprano, Smith no encontró a una sola alma en su camino. Caminó rápidamente hasta llegar a la puerta de la avenida, que se abría al largo camino de grava que conducía a Farlingford. Frente a él podía ver la acogedora luz roja de las ventanas brillando a través del follaje. Se detuvo con la mano sobre la pestana de hierro de la puerta oscilante, y miró hacia atrás en la carretera por la que había venido. Algo venía rápidamente por ella.

Se movía en la sombra del seto, silenciosa y furtivamente, una figura oscura y agachada, apenas visible contra el fondo negro. Incluso mientras miraba hacia atrás, había reducido su distancia en veinte pasos, y se acercaba rápidamente hacia él. Desde la oscuridad tuvo un atisbo de un cuello demacrado y de dos ojos que siempre lo acosarían en sus sueños. Se dio la vuelta, y con un grito de terror corrió por su vida por la avenida. Estaban las luces rojas, las señales de seguridad, casi al alcance de una piedra. Era un corredor famoso, pero nunca había corrido como lo hizo esa noche.

La pesada puerta se había cerrado detrás de él, pero la oyó abrirse de golpe nuevamente antes que su perseguidor. Mientras corría loca y desesperadamente por la noche, podía oír un rápido golpeteo seco detrás de él, y podía ver, al echar una mirada hacia atrás, que ese horror corría a sus talones como un tigre, con ojos ardientes y un brazo delgado extendido. Gracias a Dios, la puerta estaba entreabierta. Podía ver la delgada barra de luz que salía de la lámpara en el vestíbulo. Más cerca aún sonaba el estruendo de detrás. Oió un gruñido ronco a su propio hombro. Con un grito, se lanzó contra la puerta, la cerró de golpe y la cerro con el pestillo, y se hundió medio desmayado en el sillón del vestíbulo.

—¡Dios mío, Smith, qué te pasa! —preguntó Peterson, apareciendo en la puerta de su estudio.

—Dame un poco de brandy.

Peterson desapareció y volvió corriendo nuevamente con un vaso y un decantador.

—Lo necesitas —dijo—. ¡Vaya, hombre, estás tan blanco como un queso!

Smith dejó su vaso, se levantó y tomó una profunda respiración.

—Ahora soy mi propio hombre de nuevo —dijo—. Nunca estuve tan descontrolado antes. Pero, con tu permiso, Peterson, dormiré aquí esta noche, porque no creo que pueda enfrentar ese camino nuevamente excepto a la luz del día. Es débil, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Peterson miró a su visitante con una mirada muy interrogante.

—Por supuesto que dormirás aquí si lo deseas. Le diré a la señora Burney que prepare la cama de repuesto. ¿A dónde te diriges ahora?

—Ven conmigo a la ventana que da a la puerta. Quiero que veas lo que he visto.

Subieron a la ventana del vestíbulo superior desde donde podían mirar hacia la entrada de la casa. El camino y los campos a ambos lados estaban quietos y tranquilos, bañados en la pacífica luz de la luna.

—Bueno, realmente, Smith —comentó Peterson—, es bueno saber que te consideras un hombre abstemio. ¿Qué demonios te ha asustado?

—Te lo contaré pronto. Pero, ¿dónde podría haberse ido? Ah, ahora, mira, mira —dijo—. ¡Mira la curva del camino justo más allá de tu puerta!

—Sí, lo veo; no necesitas pellizcarme el brazo. Vi a alguien pasar. Diría que un hombre, bastante delgado, aparentemente, y alto, muy alto. Pero ¿qué de él? ¿Y qué de ti mismo? Sigues temblando como una hoja de álamo.

—He estado al alcance de la mano del diablo, eso es todo. Pero baja a tu estudio, y te contaré toda la historia.

Lo hizo. Bajo la alegre luz de la lámpara con un vaso de vino en la mesa a su lado, y la forma corpulenta y el rostro florido de su amigo

enfrente, narró, en su orden, todos los eventos, grandes y pequeños, que habían formado una cadena tan singular, desde la noche en que encontró a Bellingham desmayado frente al sarcófago de la momia hasta esta horrenda experiencia de hace una hora.

—Ahí lo tienes —dijo al concluir—. Ese es todo el asunto negro. Es monstruoso e increíble, pero es verdad.

El Doctor Plumptree Peterson permaneció en silencio durante un tiempo con una expresión muy confundida en su rostro.

—¡Nunca he oído hablar de algo así en mi vida, nunca! —dijo por fin—. Me has contado los hechos. Ahora dime tus inferencias.

—Puedes sacar las tuyas.

—Pero me gustaría escuchar las tuyas. Has pensado en el asunto, y yo no.

—Bueno, debe ser un poco vago en detalle, pero los puntos principales me parecen lo suficientemente claros. Este tipo Bellingham, en sus estudios orientales, ha obtenido algún secreto infernal mediante el cual una momia—o posiblemente solo esta momia en particular—puede ser reanimada temporalmente. Estaba intentando este asqueroso negocio en la noche en que se desmayó. Sin duda, la vista de la criatura moviéndose había sacudido su nervio, aunque lo había esperado. Recuerdas que casi las primeras palabras que dijo fueron llamarse a sí mismo tonto. Bueno, se endureció más después, y llevó el asunto a cabo sin desmayarse. La vitalidad que pudo poner en ella evidentemente solo era algo pasajero, pues la he visto continuamente en su caso tan muerta como esta mesa. Tiene algún proceso elaborado, me imagino, mediante el cual hace que la cosa suceda. Habiéndolo hecho, naturalmente pensó que podría usar a la criatura como un agente. Tiene inteligencia y tiene fuerza. Para algún propósito confió a Lee; pero Lee, como un cristiano decente, no haría nada con tal negocio. Luego tuvieron una pelea, y Lee juró que le contaría a su hermana el verdadero carácter de Bellingham. El juego de Bellingham era prevenirlo, y casi lo logra, al poner a esta criatura en su camino. Ya

había probado sus poderes sobre otro hombre—Norton—contra quien tenía rencor. Es pura casualidad que no tenga dos asesinatos en su alma. Luego, cuando lo cuestioné sobre el asunto, tenía las razones más fuertes para querer sacarme del camino antes de que pudiera transmitir mi conocimiento a alguien más. Tuvo su oportunidad cuando salí, porque conocía mis hábitos y a dónde me dirigía. He tenido una estrecha escapatoria, Peterson, y es pura suerte que no me encontraste en tu puerta por la mañana. No soy un hombre nervioso por lo general, y nunca pensé tener el miedo a la muerte impuesto sobre mí como lo fue esta noche.

—Querido chico, tomas el asunto demasiado en serio —dijo su compañero—. Tus nervios están desordenados por tu trabajo, y le das demasiada importancia. ¿Cómo podría algo como esto caminar por las calles de Oxford, incluso de noche, sin ser visto?

—Ha sido visto. Hay un gran susto en la ciudad sobre un simio escapado, como imaginan que es la criatura. Es el tema de conversación del lugar.

—Bueno, es una cadena de eventos impactante. Y sin embargo, querido amigo, debes permitir que cada incidente por sí solo sea capaz de una explicación más natural.

—¿Qué! ¿Incluso mi aventura de esta noche?

—Ciertamente. Salen con tus nervios todos deshilachados y tu cabeza llena de esta teoría tuya. Un vagabundo demacrado y medio famélico te persigue, y al verte correr, se siente más valiente para perseguirte. Tus miedos e imaginación hacen el resto.

—No servirá, Peterson; no servirá.

—Y de nuevo, en el caso de encontrar el sarcófago de la momia vacío, y luego unos momentos después con un ocupante, sabes que era la luz de la lámpara, que la lámpara estaba medio bajada, y que no tenías una razón especial para mirar fijamente el caso. Es bastante posible que hayas pasado por alto a la criatura en la primera instancia.

—No, no; es imposible.

—Y luego Lee pudo haberse caído al río, y Norton haber sido estrangulado. Es ciertamente una acusación formidable que tienes contra Bellingham; pero si lo presentaras ante un magistrado policial, simplemente se reiría en tu cara.

—Lo sé que lo haría. Por eso tengo la intención de tomar el asunto en mis propias manos.

—¿Eh?

—Sí; siento que un deber público recae sobre mí, y además, debo hacerlo por mi propia seguridad, a menos que elija permitir que esta bestia me cace fuera del colegio, y eso sería un poco débil para mí. He tomado bastante decisión sobre lo que haré. Y, en primer lugar, ¿puedo usar tu papel y plumas por una hora?

—Por supuesto. Encontrarás todo lo que necesitas en esa mesa auxiliar.

Abercrombie Smith se sentó frente a una hoja de foolscap, y durante una hora, y luego durante una segunda hora su pluma viajaba rápidamente sobre ella. Página tras página se terminaban y se tiraban mientras su amigo se recostaba en su sillón, mirándolo con curiosa paciencia. Finalmente, con una exclamación de satisfacción, Smith saltó de pie, reunió sus papeles en orden y colocó el último sobre el escritorio de Peterson.

—Por favor, firma esto como testigo —dijo.

—¿Un testigo? ¿De qué?

—De mi firma y de la fecha. La fecha es lo más importante. ¡Por Dios, Peterson, mi vida podría depender de ello!

—Querido Smith, estás hablando de manera salvaje. Permíteme suplicarte que vayas a la cama.

—Al contrario, nunca he hablado tan deliberadamente en mi vida. Y prometo ir a la cama en el momento en que lo hayas firmado.

—¿Pero qué es?

—Es una declaración de todo lo que te he estado contando esta noche. Quiero que lo testigues.

—Por supuesto —dijo Peterson, firmando su nombre debajo del de su compañero—. ¡Ahí lo tienes! Pero, ¿cuál es la idea?

—Por favor, reténlo y preséntalo en caso de que me arresten.

—¿Arrestarte? ¿Por qué?

—Por asesinato. Está bastante en juego. Deseo estar preparado para cualquier evento. Solo hay un camino abierto para mí, y estoy decidido a tomarlo.

—¡Por el amor de Dios, no hagas nada precipitado!

—Créeme, sería mucho más precipitado adoptar cualquier otro curso. Espero que no tengamos que molestarte, pero me aliviará saber que tienes esta declaración de mis motivos. Y ahora estoy listo para seguir tu consejo y acostarme, porque quiero estar en mi mejor forma por la mañana.

Abercrombie Smith no era un hombre completamente agradable para tener como enemigo. Lento y de temperamento tranquilo, era formidable cuando era impulsado a la acción. Traía a cada propósito en la vida la misma resolutividad deliberada que lo había distinguido como estudiante científico. Había dejado sus estudios de lado por un día, pero tenía la intención de que el día no se desperdiciara. Ni una palabra dijo a su anfitrión sobre sus planes, pero a las nueve en punto ya estaba bien encaminado hacia Oxford.

En la High Street se detuvo en Clifford's, la armería, y compró un pesado revólver, con una caja de cartuchos de fuego central. Seis de ellos los deslizó en las cámaras, y medio apretando el arma, la colocó en el bolsillo de su abrigo. Luego se dirigió a las habitaciones de Hastie, donde el grande remero estaba descansando sobre su desayuno, con el Sporting Times apoyado contra la tetera.

—¡Hola! ¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Quiero que vengas conmigo, Hastie, y hagas lo que te pido.

—Por supuesto, muchacho.

—Y trae un palo pesado contigo.

—¡Hola! —miró Hastie fijamente—. Aquí tienes una vara de caza que derribaría a un buey.

—Una cosa más. Tienes una caja de cuchillos amputadores. Dame el más largo de ellos.

—Aquí lo tienes. Pareces estar bastante en camino de guerra. ¿Algo más?

—No; eso servirá. —Smith colocó el cuchillo dentro de su abrigo y guió el camino hacia el cuadrángulo—. Ninguno de los dos somos cobardes, Hastie —dijo—. Creo que puedo hacer este trabajo solo, pero te llevo como precaución. Voy a tener una pequeña charla con Bellingham. Si solo tengo con él que lidiar, por supuesto, no te necesitaré. Sin embargo, si grito, subirás y sacarás tu látigo lo más fuerte que puedas. ¿Entiendes?

—Está bien. Vendré si te oigo gritar.

—Quédate aquí, entonces. Puede que me tome un poco de tiempo, pero no te muevas hasta que baje.

—Soy una pieza fija.

Smith ascendió las escaleras, abrió la puerta de Bellingham y entró. Bellingham estaba sentado detrás de su mesa, escribiendo. A su lado, entre sus extrañas posesiones, se alzaba el sarcófago de la momia, con su número de venta 249 aún pegado en su frente, y su horrible ocupante rígido y claro dentro de él. Smith miró deliberadamente a su alrededor, cerró la puerta y luego, cruzando hacia la chimenea, encendió una cerilla y prendió el fuego. Bellingham se quedó mirando, con asombro y rabia en su rostro hinchado.

—Bueno, realmente ahora, siéntete como en tu casa —jadeó.

Smith se sentó deliberadamente, colocando su reloj sobre la mesa, sacó su pistola, la apretó y la colocó en su regazo. Luego tomó el largo cuchillo amputador de su pecho y lo arrojó frente a Bellingham.

—Ahora, pues —dijo—, simplemente ponte a trabajar y corta esa momia.

—¿Oh, eso es todo? —dijo Bellingham con una mueca.

—Sí, eso es todo. Me dicen que la ley no puede tocarte. Pero yo tengo una ley que pondrá las cosas en orden. Si en cinco minutos no te pones a trabajar, ¡juro por el Dios que me hizo que te pondré una bala en el cerebro!

—¿Me matarías?

Bellingham se había levantado medio, y su rostro tenía el color de la masilla.

—Sí.

—¿Y por qué?

—Para detener tus travesuras. Ha pasado un minuto.

—¿Pero qué he hecho?

—Lo sé y tú lo sabes.

—Esto es pura intimidación.

—Ya han pasado dos minutos.

—Pero debes dar razones. Eres un lunático—un lunático peligroso. ¿Por qué debería destruir mi propia propiedad? Es una momia valiosa.

—Debes cortarla y quemarla.

—No haré tal cosa.

—Ya han pasado cuatro minutos.

Smith tomó la pistola y miró a Bellingham con una expresión inexorable. Mientras el segundero daba la vuelta, levantó la mano, y el dedo se movió hacia el gatillo.

—¡Ahí! ¡Ahí! ¡Lo haré! —gritó Bellingham.

Con prisa frenética, agarró el cuchillo y atacó la figura de la momia, mirando constantemente alrededor para ver el ojo y el arma de su terrible visitante dirigidos hacia él. La criatura crujió y chasqueó bajo cada puñalada de la afilada hoja. Un polvo grueso y amarillo se elevó de ella. Especias y esencias secas cayeron sobre el suelo. De repente, con un crujido desgarrador, su columna vertebral se rompió, y cayó, un montón marrón de extremidades esparcidas, sobre el suelo.

—¡Ahora al fuego! —dijo Smith.

Las llamas saltaron y rugieron mientras los escombros secos y parecidos a yesca se apilaban sobre ellas. La pequeña habitación era como el alero de una locomotora y el sudor corría por las caras de los dos hombres; pero aún así, uno se inclinaba y trabajaba, mientras el otro lo observaba con una expresión fija. Un humo espeso y gordo salía del fuego, y un olor fuerte a resina quemada y cabello chamuscado llenaba el aire. En un cuarto de hora, unos pocos palos carbonizados y quebradizos eran todo lo que quedaba del Lote No. 249.

—Quizás eso te satisfaga —gruñó Bellingham, con odio y miedo en sus pequeños ojos grises mientras miraba de reojo a su verdugo.

—No; debo limpiar completamente todos tus materiales. No debemos tener más trucos infernales. ¡Con todas estas hojas! Podrían tener algo que ver con ello.

—¿Y ahora qué? —preguntó Bellingham, cuando las hojas también habían sido añadidas a la llama.

—Ahora el rollo de papiro que tenías en la mesa esa noche. Está en ese cajón, creo.

—No, no —gritó Bellingham—. ¡No quemes eso! ¡Por qué, hombre, no sabes lo que haces. Es único; contiene sabiduría que no se encuentra en ningún otro lugar.

—¡Fuera con él!

—Pero mira aquí, Smith, realmente no lo puedes decir en serio. Compartiré el conocimiento contigo. Te enseñaré todo lo que hay en él. O, quédate, déjame solo copiarlo antes de que lo quemes.

Smith dio un paso adelante y giró la llave en el cajón. Sacando el rollo de papel amarillo y rizado, lo arrojó al fuego y lo presionó con su talón. Bellingham gritó y lo agarró; pero Smith lo empujó hacia atrás y se paró sobre él hasta que se redujo a cenizas grises y sin forma.

—Ahora, Maestro B. —dijo—, creo que te he sacado bastante los dientes. Escucharás de mí nuevamente, si vuelves a tus viejos trucos. Y ahora, buenos días, porque debo volver a mis estudios.

Y así es la narrativa de Abercrombie Smith sobre los singulares eventos que ocurrieron en Old College, Oxford, en la primavera de '84. Como Bellingham dejó la universidad inmediatamente después, y se escuchó por última vez de él en el Soudán, no hay nadie que pueda contradecir su declaración. Pero la sabiduría de los hombres es poca, y los caminos de la Naturaleza son extraños, ¿quién pondrá un límite a las cosas oscuras que puedan ser encontradas por aquellos que las buscan?

1. Lote Número 249 - Arthur Conan Doyle
    1. Lote Número 249 - Arthur Conan Doyle

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web